

De Transnistria al Donbás, cuando la

Mientras los Gobiernos ucraniano y moldavo sueñan con Occidente, una pequeña república disidente, encerrada entre esos dos países, no comparte sus aspiraciones. Pese a carecer de reconocimiento internacional, Transnistria obstaculiza los proyectos occidentales desde hace veintidós años, al requerir el aval de Rusia para cualquier solución. Este “conflicto congelado” aclara los factores clave de los combates en el Donbás.

Por nuestro enviado especial
JENS MALLING *

“**H**ACIA EL futuro con Rusia”. En Tiraspol, la capital de Transnistria, o “República Moldava del Dniéster”, el cartel con los colores de la Unión Económica Euroasiática ocupa el lateral de un trolebús. El eslogan escrito en ruso, la principal lengua oficial de este territorio, corona la imagen de una familia local: padre, madre e hijo dirigen una mirada llena de esperanza hacia la silueta de un Kremlin con aspecto de fortaleza protectora. Los pasajeros parecen entrar y salir del cartel. Pronto el vehículo desaparece al final de la arteria principal de la ciudad, la Avenida 25 de Octubre, fecha de la Revolución Rusa de 1917.

La anexión de Crimea por parte de la Federación de Rusia en marzo pasado despertó el interés por los “conflictos congelados”, resultantes de la creación de varios Estados disidentes y no reconocidos durante la desintegración de la Unión Soviética. Algunos comentaristas aludieron a la posibilidad de que Rusia anexionara en un mismo impulso Abjasia, Osetia del Sur y Transnistria en reacción a los acuerdos de asociación

* Periodista.

que firmaron con la Unión Europea los Gobiernos de Georgia, Moldavia y Ucrania en junio de 2014. Rusia se cuidó bien de ampliar las anexiones, aunque las poblaciones concernidas probablemente no serían hostiles. Ya en 2006, el 98% de los votantes de Transnistria se pronunció a través de un referéndum a favor de una “eventual integración en Rusia”. Aunque ese voto había sido orquestado sin un verdadero debate por Ígor Smirnov, el “presidente” de este territorio que concentra a medio millón de habitantes, esta opinión parece ser ampliamente compartida.

Cuando se atraviesa el Dniéster para poner un pie en la orilla oriental, no es extraño que los puestos de control estén cuidados por hombres que llevan un galón con los colores de Rusia. Esos soldados mezclados con militares de Transnistria y Moldavia forman parte de la fuerza de mantenimiento de la paz desde la guerra que, en 1992, opuso a las tropas gubernamentales moldavas con los insurgentes eslavófonos (1) de esa delgada franja de tierra que separa el río de Ucrania. Victoriosos, los insurgentes de Transnistria proclamaron su independencia y adoptaron una Constitución, una bandera, un himno nacional y un escudo. La “República” posee un Gobierno, un Parlamento, un Ejército, una policía y un servicio postal que le son propios, pero que ningún

Estado de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) reconoce.

De 1945 a 1991, esta orilla del Dniéster formó parte de la República Socialista Soviética de Moldavia, una de las quince repúblicas que constituían la URSS. En junio de 1990, mientras la URSS estaba en vías de disolución, la población eslavófona se levantó contra la adopción por parte del Parlamento de una ley que convertía el rumano en la única lengua oficial de la República Moldava. El 23 de febrero de 2014, tras la formación de un nuevo Gobierno surgido de las protestas del Maidán en Kiev, la Rada Suprema repitió el mismo error al abolir el ruso como lengua regional oficial, lo que se vivió como una provocación en el este de Ucrania. Tanto ayer en Moldavia como hoy en Ucrania, esas leyes desempeñaron un papel clave en la escalada política entre regiones étnicamente heterogéneas, que desembocó en una guerra civil.

Presencia militar permanente de Rusia

En marzo de 1992, las fuerzas nacionalistas moldavas intentaron tomar el control de Transnistria, donde el 60% de los habitantes son rusos o ucranianos. Los combatientes moldavos fueron repelidos en julio del mismo año, en parte por miembros del antiguo 14º ejército soviético, cuyos cuarteles generales se encontraban en Tiraspol, en la orilla oriental. El 21 de julio de 1992, la firma de un alto el fuego puso fin a los combates, pero no al conflicto, que permaneció “congelado” desde entonces. Actualmente, la presencia militar rusa está estimada en cerca de dos mil hombres, de los cuales cuatrocientos o quinientos son guardianes de la paz en el marco del acuerdo de 1992. El resto de los efectivos forma parte del Grupo Ope-

rativo de las Fuerzas Rusas en Moldavia (GOFR), que tomó el relevo de las fuerzas soviéticas que pasaron a ser rusas. Para Chisinau, la capital moldava, y para la mayoría de los Estados occidentales, su presencia es ilegal. Moscú, en cambio, la justifica con el pretexto de que el GOFR sería necesario para la protección de las numerosas reservas de armas, vestigio de la Guerra Fría, que subsisten en el territorio, en especial en Kolbasna, al norte del país. En ese suelo oficialmente moldavo, las fuerzas militares rusas representan un obstáculo significativo para ciertos dirigentes occidentales tales como el senador estadounidense John McCain, que quiere “acelerar la integración de Georgia y Moldavia en la Organización del Tratado del Atlántico Norte” (2). Ninguna regla oficial impide la adhesión a la Organización Atlántica de un Estado que albergue un conflicto congelado (o *a fortiori* “abierto”). Pero, en la práctica, las candidaturas de Georgia, Ucrania o Moldavia no tienen ninguna posibilidad de obtener la unanimidad de los países miembros mientras las entidades disidentes que albergan no encuentren una solución. Numerosas voces se alzarían para señalar el riesgo de ser empujados a un conflicto en virtud del artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte, que prevé una asistencia mutua entre Estados en caso de agresión a uno de sus miembros.

Tiraspol renovó su adhesión a Rusia con motivo de la anexión de Crimea. El 18 de marzo de 2014, Mijaíl Burla, “presidente del Parlamento” de Transnistria, aprovechó la ocasión para enviar una petición a Serguéi Naryshkin, presidente de la Duma (Parlamento ruso), en la que expresaba el deseo de que su país se uniera oficialmente a la Federación. El Kremlin ya brinda a la pequeña República generosas cantidades de gas y financia las pensiones de los numerosos jubilados de nacionalidad

rusa que residen allí. Se estima que entre 180 000 y 200 000 transnistrianos poseen pasaporte ruso, es decir cerca del 35% de la población. No obstante, la petición de Burla fue rechazada.

Nadejda Gynj, una mujer de 60 años, forma parte de los beneficiarios de una pensión pagada por Moscú. Vestida con un grueso jersey, se afana en barrer un patio en Balka, barrio de Tiraspol. Con movimientos enérgicos, junta las últimas hojas de otoño cuya luminosidad amarilla contrasta con la negrura del hormigón agrietado. La anciana interrumpe su tarea y declara: “Aquí, estamos a favor de Rusia”. Cuando se le pide que describa la vida en Transnistria, responde: “Normal. Llevamos una vida muy ordinaria”. Se considera rusa aunque haya nacido en la ciudad ucraniana de Odesa, situada a cien kilómetros al sudeste, donde siguen viviendo algunos miembros de su familia. La señora Gynj trabajaba en una fábrica textil en Tiraspol. Su hija se ha instalado en Smolensk, en Rusia.

“Vivimos mejor aquí que en Moldavia”, asegura Valentina Boiko, de 53 años, que ha venido hoy de su pueblo a vender leche embotellada en algunos bloques de viviendas de arquitectura soviética. Su opinión es ampliamente compartida en esta orilla, especialmente debido al aumento exorbitante del coste de los servicios urbanos que se produjo en lo que quedó de Moldavia después de la independencia —un cambio cuyo precio pagaron los más desfavorecidos—. Actualmente, el 62% de los moldavos (del oeste) creen que el acuer-

(1) Según el último censo (2004), los eslavos son mayoría en Transnistria repartidos en un 30,4% de rusos, un 28,8% de ucranianos, un 2% de búlgaros y un 2% de polacos, es decir un total del 63,2%. Los moldavos sólo representan el 31,8% y los gagauzos, una minoría turca cristiana, el 2%.

(2) “Obama: ‘We will stand with Ukraine’”, *Voice of America*, 12 de marzo de 2014, www.voanews.com

UCRANIA EN BUSCA DE SOBERANÍA ENERGÉTICA

En el frente del uranio

Privada de carbón por los combates en el Donbás, en conflicto con Gazprom por su abastecimiento de gas, Ucrania apuesta cada vez más por la energía nuclear para satisfacer sus necesidades energéticas. Pero el suministro de combustible de las centrales atómicas heredadas de la Unión Soviética también depende de las buenas relaciones con Rusia. Salirse de ellas no deja de entrañar sus riesgos.

Por nuestros enviados especiales SÉBASTIEN GOBERT y LAURENT GESLIN *

Ciertas mañanas de invierno, la humedad sube desde el Dniéper y esconde entre la bruma los cubos de hormigón de la central nuclear de la ciudad de Enerhodar, ubicada en el *óblast* de Zaporíyia (sudeste de Ucrania). Los autobuses manchados con nieve sucia bajan por avenidas perfectamente trazadas para transportar a once mil empleados al corazón del complejo nuclear. “Enerhodar es una ciudad de progreso, la capital energética de Ucrania —explica con orgullo Oleg Ocheka—. Los cincuenta y cuatro mil habitantes de la ciudad son conscientes de que proveen de electricidad a millones de hogares.” El director adjunto del centro de información de la central se mudó aquí a principios de los años 1980, cuando la ciudad era todavía joven y la Unión Soviética parecía eterna. Los primeros edificios fueron construidos en 1970 para albergar a los empleados de una central térmica construida a orillas

* Periodistas.

del río. La construcción de la central eléctrica atómica Zaporiska AES (1) se inició en 1972. La actividad nuclear conllevaba el desarrollo de ciudades modelo cuya planificación urbana tenía que ofrecer a los empleados condiciones de vida ideales. Prípiat, la más célebre de estas ciudades, a día de hoy está terminando de desaparecer bajo la vegetación, en el centro de la zona prohibida de treinta kilómetros de radio que rodea a Chernóbil, en el norte del país.

La central de Zaporíyia cuenta con seis reactores, con una capacidad de 1 000 megavatios (MW) cada uno. Con más potencia que la de Gravelines, la central más importante de Francia (5 706 MW), sólo la sobrepasan en capacidad los ocho reactores de Bruce, en Canadá (6 232 MW). La producción de electricidad asegura una relativa prosperidad a esta ciudad a la que se entra con la extraña sensación de estar haciendo un viaje en el tiempo. “La URSS se ha desmoronado, pero las condiciones de vida no han evolucionado mucho en Enerhodar”, sigue Ocheka. A pesar de que las facha-

das de los bloques de viviendas están en pésimo estado, la ciudad sigue siendo lo suficientemente atractiva como para que sus escuelas estén llenas. “Hay siempre agua caliente, la electricidad cuesta menos, los salarios son buenos y estamos seguros”, confirma Bogdan Stryjoff, un empleado de la central. “De más joven me quería ir a Kiev o a otro país. Estudié en una ciudad de al lado. Pero me propusieron un empleo, así que volví a casarme aquí.”

Herederas de las ambiciosas políticas energéticas de la URSS, Ucrania cuenta con quince reactores nucleares, todos del tipo VVER de agua presurizada (2). Tres unidades están en activo en la central de Yuzhnoukrainsk, dos en Khmelnytskyi, cuatro en Rivne y seis en Zaporíyia. El último de los tres reactores no dañados por la catástrofe de 1986 en Chernóbil dejó de funcionar definitivamente en diciembre de 2000.

En la inmensa sala de turbinas del reactor nº 1 de Zaporíyia, las máquinas ronronean de manera continua desde hace ya treinta años. “El reactor nº 1 sigue dando muy buenos resultados en los tests de seguridad —asegura el director general de la central, Viacheslav Tishchenko—. Cada diez años, la Inspección de Estado de Reglamentación Nuclear [IERN] decide acerca de la ampliación de la actividad de los reactores. En vista de los resultados actuales, pensamos usarlos sesenta años más.” Ampliaciones de diez a veinte años ya han sido concedidas a la mayoría de los reactores. La central de Zaporíyia sin embargo estuvo en los titulares de la prensa internacional, el 2 de diciembre de 2014, después del torpe anuncio de un incidente técnico en el bloque nº 3 por parte

del primer ministro ucraniano, Arseni Yatseniuk, durante una conferencia de prensa. El incidente, acaecido el 28 de noviembre, consistía en el cortocircuito de un transformador auxiliar. Sin consecuencias y sin peligro de contaminación, fue clasificado con el grado 0 —el nivel más bajo— en la Escala Internacional de Accidentes Nucleares (INES, por sus siglas en inglés), que tiene siete niveles: “Un revuelo mediático sin ningún tipo de justificación —zanja el director con aspecto molesto—, la mayoría de los que hablan de cuestiones nucleares no saben nada sobre el tema o son malintencionados...”

Una guerra... mediática

La declaración hace referencia a la guerra de información que se lleva a cabo desde hace meses entre Ucrania y Rusia. El 30 de diciembre, un canal de televisión cercano al Kremlin, LifeNews, afirmaba que en las proximidades de la central se habían medido tasas de radiación cercanas a niveles diecisiete veces superiores a los máximos autorizados. Con esta ofensiva mediática, algunos responsables rusos buscaban relacionar los riesgos de fugas radiactivas con los suministros de combustible nuclear producido por la Westinghouse Electric Company (3).

(1) Zaporiska Atomna ElektroStancija (AES).

(2) Reactores conocidos como de “segunda generación”, que utilizan el agua como refrigerante y moderador de neutrones, y que fueron concebidos en los años 1960-1970.

(3) LifeNews, 30 de diciembre de 2014.

RIVALIDADES ESTE-OESTE

historia balbucea

do de asociación con Europa podría tener consecuencias similares sobre el coste de la vida (3). De ahí los buenos resultados de los partidos prorrusos en las elecciones parlamentarias que se realizaron el último 30 de noviembre en Moldavia: con el 39% de los votos, frente al 44% para el bloque prooccidental, perdieron por poco.

En Transnistria, el pueblo se beneficia de la ayuda financiera que generosamente le prodiga Rusia. La economía combina elementos del modelo socialista heredado de la URSS con iniciativas privadas. Un sistema de protección social a cargo de Rusia coexiste al lado de estructuras oligárquicas similares a las que se desarrollaron en otros ex "países hermanos". El grupo Sheriff, por ejemplo, ha establecido un cuasi monopolio sobre el comercio mayorista y minorista. Su director, el rico empresario Victor Gushan, posee en particular las estaciones de servicio y los supermercados del territorio. El logo de la empresa está presente en todas partes.

La economía de Transnistria se basa en las industrias siderúrgica, cementera y textil, así como en las centrales eléctricas. Enclave territorial en el plano político, el territorio está conectado con el resto del mundo: el 95% de la producción de las cuatro grandes fábricas industriales se exporta (4). Sus principales socios son Moldavia, Rusia, Rumanía, Ucrania e Italia. Y Transnistria también exporta hacia Alemania, Austria y Grecia. Sin embargo, su economía dista de ser autosuficiente. Sin los beneficios generados por la reventa del gas ruso a los consumidores, sin el flujo de dinero proveniente de los trabajadores expatriados y la ayuda financiera directa de Moscú, el Estado entraría en quiebra. El apoyo ruso se remonta a los comienzos de la separación y desde entonces se ha acentuado. Entre 2008 y 2012, Transnistria recibió alrededor de

27 millones de dólares (más de 20 millones de euros) al año, que fueron destinados al pago de las jubilaciones y a comida para los más necesitados (5).

Sin embargo, la señora Gynj piensa que su pensión podría ser más alta. Recibe al mes alrededor de 1 400 rublos transnistrianos, el equivalente a un centenar de euros. Como su alquiler alcanza los 80 euros, debe vender sus servicios de barrendera cinco días a la semana para llegar a fin de mes. Su esposo combatió en la guerra contra Moldavia, hace veintidós años. Una experiencia dolorosa, cuyo recuerdo se ve avivado por la situación en Ucrania. "No queremos guerra. Queremos paz. Es difícil saber qué pensar del enfrentamiento con el oeste, pero Rusia nos ayuda. Espero que la paz vuelva pronto a Ucrania".

Moscú prefiere federalismo y no independencia

Debido a su situación geográfica, Transnistria representa una apuesta importante para Rusia, que está determinada a contener la expansión de la Unión Europea y de la OTAN en los países de la antigua URSS. Para Artem Fylypenko, que dirige la sede del Instituto Nacional Ucraniano de Estudios Estratégicos en Odesa, "los transnistrianos son indiscutiblemente prorrusos. Sus dirigentes consideran que el acuerdo de asociación que une a Moldavia con la Unión Europea no es favorable para los intereses de su país".

Rusia estaría siguiendo una estrategia idéntica en Transnistria y en el este de Ucrania, donde las "Repúblicas Populares" autoproclamadas de Donetsk (DNR) y Lugansk (LNR) se separaron el 7 y el 27 de abril de 2014. Kamil Calus, investigador del Center for Eastern Studies de Varsovia subraya: "Moscú no



Territorio cedido por el Imperio otomano al Imperio ruso, según el tratado de Bucarest



Territorio incorporado a Rumanía en 1918



Territorio anexionado por la URSS de 1940 a 1941, después a partir de 1944



Territorio actual de Transnistria

Fuente: Jean y André Sellier, *Atlas des peuples d'Europe centrale*, La Découverte, 2014.

CÉCILE MARIN

Un territorio ligado a Rusia desde finales del siglo XVIII

piensa apoyar la independencia de Transnistria ni su incorporación a la Federación Rusa. Al contrario, Rusia quiere que se quede en una Moldavia Federal. La idea es utilizar a Transnistria para conservar un pie en Moldavia con la intención de dominar la totalidad del país e impedirle que se incline hacia el Oeste. Lo mismo ocurre con las nuevas Repúblicas del Donbás. Moscú quiere que formen parte de una Ucrania federalizada. Así, Rusia podrá intentar utilizarlas para bloquear la integración de Ucrania en organizaciones tales como la Unión Europea y la OTAN".

El "memorándum Kozak" (6) de 2003 aclara la estrategia rusa: esta propuesta de resolución del conflicto habría autorizado a Transnistria a oponer su veto a todas las decisiones importan-

tes de Chisináu. El bloqueo estaba garantizado por la composición del Senado de una futura República Federal de Moldavia, en la que Transnistria y Gagauzia —otra región en vías de secesión— habrían designado a trece de veintiséis senadores. También se suponía que el memorándum debía legalizar el despliegue de tropas rusas sobre el territorio de ese hipotético Estado Federal desde su creación hasta 2020. Según Calus, Moldavia no tendría ninguna posibilidad con ese estatuto de integrar las instituciones europea o atlántica.

La voluntad de aplicar esta estrategia en Ucrania se puso de manifiesto el 30 de marzo pasado cuando Serguéi Lavrov, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, pidió que "Estados Unidos y sus socios europeos aceptaran su propues-

ta de conceder a las regiones rusófonas del este y el sur de Ucrania una amplia autonomía respecto a Kiev" (7). Ahora bien, según un informe presentado en diciembre de 2014 por el Instituto Finandés de Asuntos Internacionales, es cierto que el Gobierno ucraniano estaba dispuesto a descentralizar, es decir, a extender el poder de las comunidades locales, pero de ninguna manera a modificar la propia estructura constitucional del país (8).

Sin embargo, Transnistria sigue siendo muy diferente a la región del Donbás, actualmente arrasada por la guerra. Esta última cuenta con una población diez veces superior, posee una frontera común con Rusia y no alberga —al menos oficialmente— fuerzas rusas. Contrariamente a Transnistria, los principales gasoductos que abastecen a Ucrania no pasan por los territorios separatistas, privando así a los prorrusos de la región de una ventaja significativa en las negociaciones (9). En el Donbás, las necesidades en materia de ayuda militar y financiera de Rusia parecen mucho más importantes que las de Transnistria. Todos estos factores hacen del Donbás una región mucho más difícil de administrar en el marco de un conflicto congelado. Pero el ejemplo de Transnistria muestra que Moscú puede contentarse con situaciones precarias en el caso de ver que sus intereses estratégicos no son tomados seriamente en cuenta por los occidentales. ■

JENS MALLING

(3) Mila Corlateanu, "The Republic of Moldova: Lost in geopolitical games", *New Eastern Europe*, 19 de febrero de 2014, www.neweasterneurope.eu

(4) Kamil Calus, "An aided economy. The characteristics of the Transnistrian economic model", *Osrodek Studiów Wschodnich*, 16 de mayo de 2013.

(5) *Ibid.*

(6) Proyecto ruso de memorándum sobre los principios de organización de un Estado unificado en Moldavia, 17 de noviembre de 2003, www.stefanwolff.com/files/Kozak-Memorandum.pdf.

(7) Simon Tisdall, "Russia sets tough conditions for diplomatic solution in Crimea", *The Guardian*, Londres, 30 de marzo de 2014.

(8) András Rácz y Arkady Moshes, "Not another Transnistria: How sustainable is separatism in Eastern Ukraine?", *The Finnish Institute of International Affairs, Helsinki*, diciembre de 2014.

(9) *Ibid.*



CÉCILE MARIN

Desde 2008, esta empresa estadounidense —controlada por la japonesa Toshiba— hace pruebas para adaptar su combustible a los reactores VVER y romper con el monopolio de la compañía estatal rusa Rosatom y de su filial TVEL, que proveían a la totalidad de las centrales ucranianas y a varios países de la Unión Europea. Herencia del pasado, las empresas rusas están íntimamente relacionadas con el sector nuclear ucraniano, desde la fabricación de los reactores hasta el tratamiento de los desechos. Cada año, por ejemplo, Ucrania paga a Rusia 200 millones de dólares para poder almacenar en ese país su combustible usado, a la espera de un nuevo lugar de depósito previsto para 2017, en la región de Chernóbil.

"Este otoño nuestro combustible recibió el aval del IERN. Es muy común que las centrales nucleares tengan distintos proveedores de combustible. Es una cuestión de competencia,

pero también de seguridad de las entregas. En el caso de Ucrania, las provisiones que vienen de Rusia quizá no estén del todo garantizadas dada la situación política", insinúa Mike Kinst, vicepresidente de Relaciones Exteriores de Westinghouse Europe. Considera sin fundamentos la advertencia del viceprimer ministro ruso, Dmitri Rogozine, que en abril de 2014 declaró que si Ucrania utilizaba combustible estadounidense "no habría aprendido nada del accidente de Chernóbil". En 2011, la compañía estatal ucraniana EnergoAtom había considerado "infructuosas" algunas pruebas del combustible occidental que habían conllevado la interrupción de dos unidades (4). Los rusos destacaron otros incidentes, sobre todo en la República Checa, para alarmar a la opinión.

El 30 de diciembre de 2014, Westinghouse y EnergoAtom firmaron sin embargo un acuerdo en el que se prevé un aumento de los sumi-

nistros de combustible estadounidense de aquí a 2020. Por el momento sólo se utiliza en el reactor nº 3 de Yuzhnoukrainsk. Aunque los términos del contrato han permanecido confidenciales, según Kinst Westinghouse debería proveer a "tres o cuatro reactores" para que la operación sea rentable. La empresa es la única del mundo que desde principios de los años 1990 ha invertido en la elaboración de un combustible compatible con los reactores VVER, hasta ahora totalmente dependientes de los abastecimientos de la compañía rusa TVEL. La llegada de nuevos dirigentes ucranianos se presenta como una buena oportunidad para la compañía estadounidense. "Hace años que Ucrania intenta diversificar sus fuentes de abastecimiento energético —explica Mihailo Gonchar, experto en energía—. Nos ha quedado bien claro que es el presidente ruso, Vladimir Putin, el que decide las orientaciones estratégicas de las grandes compañías rusas. Por el momento, TVEL cumple con sus obligaciones y disponemos de reservas de combustible hasta octubre, pero ¿quién sabe cómo puede evolucionar el conflicto entre los dos países?".

Desde la anexión de Crimea en marzo de 2014 y el inicio de los sangrientos combates que enfrentan, en el este de Ucrania, a las fuerzas armadas ucranianas con los separatistas prorrusos, Kiev tiene que hacer frente a una preocupante situación energética. Ucrania se encuentra privada de las minas de carbón del Donbás que en otros tiempos abastecían a sus centrales térmicas. En cuanto al gigante ruso Gazprom, regularmente amenaza con cortar las exportaciones de gas si Kiev no se pone al día con los pagos. La "estrategia 2020", avalada en septiembre de 2014 por el presidente ucraniano, Petró Poroshenko, tiene previsto hacer hincapié en las presas hidroeléctricas, las energías renovables y sobre todo relanzar la producción de energía nuclear para uso civil (5), que ya proveyó más del 50% de la energía eléctrica en

2014 (frente al 43% el año anterior). Para hacer frente a la demanda interna, Ucrania ha tenido que reducir recientemente sus exportaciones de electricidad a Moldavia y a Bielorrusia. "El Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo y Euratom ya han acordado un préstamo de 600 millones de euros para la modernización de las centrales tras la catástrofe de Fukushima", explica Olya Kocharna, de la asociación ucraniana El Foro Nuclear. "Somos prisioneros de estrategias energéticas que datan de la Unión Soviética, no se ha invertido ni un céntimo para aumentar la eficacia energética", matiza Olexi Pasyuk, del Centro Nacional Ecológico de Ucrania, una organización no gubernamental. La red eléctrica no siempre tiene la capacidad para transportar el total de la electricidad producida por los reactores ucranianos. La central de Zaporijia trabaja así por debajo de sus capacidades, y los dos últimos reactores de Rivne y de Khmelnytsky, terminados en 2004, funcionan en alternancia desde hace diez años. Se perdería así cada año 1,7GW de potencial de producción. La estrategia 2020 prevé reforzar la capacidad de transmisión de la red, pero las inversiones podrían resultar insuficientes", según Kocharna.

"La independencia energética procurada por la energía nuclear es totalmente ilusoria. Hoy en día importamos de Rusia 600 millones de dólares de combustible, y Westinghouse nunca va a poder tomar completamente el relevo de TVEL", sigue Pasyuk. En su oficina de la Zaporiská AES, el director Tishchenko afirma por su parte "no saber nada" del combustible Westinghouse. "No se trata de interrumpir nuestra cooperación con EnergoAtom —afirma Alexander Merten, direc-

(Continúa en la página 24)

(4) Según la Asociación Mundial Nuclear, www.world-nuclear.org
(5) Después de la caída de la URSS, las armas nucleares que se encontraban en la nueva Ucrania independiente fueron llevadas a Rusia, y el país ratificó el tratado de no proliferación.